

La realidad de amar la profesión docente

Dora Yicel Velandia Forero

Programa de formación complementaria III Semestre Escuela Normal Superior de Saboyá/Boyacá/Colombia. yvelandiaforero@gmail.com

A lo largo de la vida como docentes el preguntarnos si realmente amamos esta profesión se convierte en un cuestionamiento latente que se presenta en el diario vivir de nuestras prácticas educativas o, por el contrario, el impartir clase se ha convertido en la costumbre del día a día en nuestra vida.

Cada maestro lleva dentro de sí la razón por la cual optó elegir esta profesión, quizás la mayoría de ellos decidieron seguir este camino simplemente porque lo vieron como una buena oportunidad de surgir profesionalmente, pero quizás otros quisieron experimentar esa sensación de enseñar; sin embargo, quienes realmente decidieron ser maestros porque su mente y su corazón lo deseaban con tal fuerza que lograrían llegar hasta lo más alto de esta profesión son aquellos que en verdad disfrutan lo que hacen, en conclusión, quienes aman su profesión, aman ser llamados maestros, aman sentir esas palabras de agradecimiento por sus estudiantes, aman ver cómo esas personas lograron surgir gracias a lo que ellos le enseñaron.

Éste es el camino por el cual un buen maestro construye las bases para ser uno de los mejores, disfrutar la labor de enseñar, sentir que es parte importante de su vida y que, sin duda alguna, le obliga a entregar todo de sí, de tal forma que sus estudiantes disfruten el aprender y vean en su maestro una fuente de inspiración en el trasegar de la vida.

Contando con esta primera regla fundamental que debe tener un docente “amar su profesión”, todo lo demás surgirá de una manera muy sencilla, las clases serán un mundo creado por el propio maestro, un lugar donde los protagonistas sean los aprendices. Un universo donde cada quien pintará su paisaje a su manera, donde las herramientas estarán dadas para que cada uno de ellos terminen de construirlo, puesto

que, al final lo que importa en esta profesión es brindar las herramientas a quienes no las poseen, brindar las herramientas para que logren superar cada uno de los obstáculos que dentro de sus vidas se les presente y, al mismo tiempo, las usen a su manera, pues el maestro es quien las brinda, pero al final el estudiante es quien las usa.

El maestro habrá cumplido su misión cuando vea cómo sus estudiantes usaron cada una de las herramientas brindadas como mecanismos para surgir de las dificultades y asimismo hacer de ellas oportunidades de aprendizaje y crecimiento, resultados que serán evidenciados cuando alcancen sus sueños y metas.

Diariamente en la vida de un maestro se encuentran obstáculos que logran desestabilizarle, obstáculos que realmente hacen repensar qué está haciendo mal, qué le falta o, quizás que le sobra, y es ahí donde vemos que no hay maestro perfecto, que nunca se termina de aprender y que estamos en un constante aprendizaje; aceptando que de los fracasos también se aprende y cada caída permite que se levante con más fuerza. En este proceso de aceptación y auto-reconocimiento se comprende que no solo el estudiante aprende del maestro sino también el maestro del aprendiz, todas estas dinámicas fortalecen la relación de los actores en el aula y conlleva a un aprendizaje colaborativo.

Es importante que como profesores noveles los miedos no se apoderen de nosotros, la experticia llegará en el momento adecuado para enfrentar los desafíos de nuestra profesión; hay días que no son tan buenos como los otros, pero son los necesarios para llegar a ser profesores expertos. Al igual que una relación, amar significa ceder y entregar parte de lo que alguna vez dijimos que no haríamos, bien sea nuestro tiempo, nuestros recursos o nuestro ser, y es que amar no siempre es fácil pero siempre será bello.

Es importante también entender, que en ocasiones necesitamos un respiro y sencillamente necesitamos tiempo para nosotros, solo quien es maestro comprende lo agotador que puede llegar a ser esta profesión. Así, el devenir del maestro es y siempre será reinventarse en la incertidumbre y esto es para lo que no siempre estamos preparados. Por otro lado, hay agentes externos que nos llevan a motivarnos y a

sentirnos plenos en el ejercicio propio de nuestra profesión, las risas, las palabras de agradecimientos y los frutos que recoges después de terminar tu siembra.

La rutina es otro factor que puede agotarnos física y mentalmente y es este aspecto el que hace que muchos maestros entren en un estado de desasosiego con lo que hacen; no obstante, no significa que hayan perdido el amor por lo hacen, pero tal vez si la pasión por lo que enseñan. Se hace necesario entonces reavivar la emoción a través de nuestras clases, donde no solo sea el estudiante quien se divierta sino también el maestro, si bien se ha dicho que un maestro feliz es un maestro inolvidable, un estudiante feliz es un estudiante que aprende. La magia yace siempre en la mente creativa de todos los maestros y, de igual manera, es esa magia la que hace único al maestro.

Para finalizar, la realidad de amar la profesión docente no se limita el mero sofisma del sentimiento sino a la relación misma que se tiene con éste. No es fácil pero tampoco imposible, la creación, la innovación y el reconocimiento de nuestra labor permitirá rescatar la profesionalización del docente y en este último aspecto que todos querrán en algún momento ser como nosotros.